

PERSONALIDAD Y PODER

FORJADORES Y DESTRUCTORES
DE LA EUROPA MODERNA



IAN
KERSHAW

CRÍTICA

IAN KERSHAW

PERSONALIDAD Y PODER

Forjadores y destructores
de la Europa moderna

Traducción castellana de
Tomás Fernández Aúz y Joan Soler Chic

CRÍTICA
BARCELONA

Introducción

El individuo y el cambio histórico

¿En qué medida determinaron las acciones de los líderes políticos el turbulento curso del siglo xx? ¿Fueron esos dirigentes los que «ahormaron» el siglo xx europeo? ¿O fueron los acontecimientos de esos años los que los moldearon a ellos? Todas estas preguntas forman parte de una interrogante de mayor amplitud: ¿qué importancia cabe atribuir a los individuos en la configuración de la historia? ¿Alteran fundamentalmente su rumbo? ¿O todo cuanto pueden hacer es desviar la marea, en el mejor de los casos, y canalizarla por cauces tan nuevos como temporales? Muchas veces presuponemos de manera instintiva y tácita que los dirigentes políticos han tenido una responsabilidad más o menos personal —y única, parece llegar a afirmarse implícitamente en algunas ocasiones— en la determinación de la senda histórica que se tomó en un momento dado. Ahora bien, ¿cómo y por qué se encontraron en situación de realizar las acciones que efectuaron? ¿A qué limitaciones se enfrentaron? ¿A qué presiones se vieron sometidos? ¿Qué apoyos u oposiciones condicionaron sus actos? ¿Cuáles son los contextos en que prosperan los líderes de un determinado sistema político, pese a las grandes diferencias que los separan? ¿Y qué relevancia cabe atribuir en todo esto al papel de la personalidad? ¿En qué grado vienen estas cuestiones a teñir, e incluso a determinar, el sesgo de las decisiones políticas más críticas? ¿Hasta qué punto es lícito afirmar que los líderes políticos son, mediante las decisiones que toman libremente, el auténtico motor de los cambios que acaban por encarnar? Todas estas interrogantes incumben por igual a todos los dirigentes significativos, sean demócratas o autoritarios.¹

La cuestión del impacto individual del cambio histórico ha preocupado con mucha frecuencia, y repetidamente, a los historiadores.² Aunque, en realidad, la inquietud no se ha circunscrito exclusivamente a los historiadores: León Tolstói dedicó un gran número de páginas de su épica *Guerra y paz* (publicada por primera vez en un solo volumen en 1869) a reflexionar filosóficamente sobre el papel de la voluntad individual en la configuración de los acontecimientos históricos. De hecho, al resaltar el rol del «destino», este autor intenta refutar la idea de que sean justamente los «grandes hombres» quienes determinen esos sucesos.³ De forma indirecta, este enigma ha permanecido estrechamente unido al eje mismo de la investigación histórica, y ello desde que el estudio de esta materia adquirió rango de disciplina profesional en el siglo XIX. Sin embargo, pese a que muchas veces se la haya planteado con visos de asunto teórico o filosófico, es raro observar que se la afronte por vías empíricas y directas.

En la década de 1970, el historiador alemán Imanuel Geiss reflexionó desde un punto de vista general sobre el papel de la personalidad, pero tuvo que estudiarla en el contexto de una Alemania en la que se había desarrollado una fuerte aversión a los análisis personalizados de la historia. Dicha aversión era en parte una reacción a la anterior tradición de los textos históricos alemanes, que habían elevado muy llamativamente el papel de ciertos individuos poderosos, y muchas veces visionarios, en el modelado del destino germano. No obstante, se trataba sobre todo de una reacción frente a la catastrófica historia reciente de Alemania, que muy a menudo, ya fuera en forma implícita, cuando no explícita, se tenía por obra de un solo hombre: Adolf Hitler. La concatenación del culto al liderazgo presente en el Tercer Reich, que atribuía todos los «logros» a la «grandeza» del líder, seguido de la inversión de la tendencia, tras la derrota de 1945, que determinó la aparición de la más viva disposición a culpar personalmente a Hitler de todo el desastre que se había abatido sobre Alemania, dio como resultado, ya en los años sesenta del siglo pasado, una denigración casi completa del rol de la personalidad en la historia. Esta fue la tónica dominante tanto en la Alemania Occidental, donde acabaron por preponderar las formas de la historia estructuralista, como en la Alemania Oriental —y aquí, además, en una versión extrema, dado el énfasis del marxismo-leninismo en la absoluta primacía de lo económico—. Geiss intentó avanzar por una senda intermedia entre la exageración y el rechazo del papel del in-

dividuo. Sin embargo, no fue capaz de ir mucho más allá de unas cuantas abstracciones que además no destacan especialmente por su lucidez. «La personalidad significativa», señala, «no hace la historia, pero tiende más bien a conseguir que se reconozca mejor en el medio de la individualidad ... En el mejor de los casos, una gran personalidad deja su particular sello personal en la época» que le toca vivir. Por tanto, la cuestión del papel de una (gran) personalidad en la historia, añade, nos lleva a transitar, «inevitablemente, desde el tema de las posibilidades y limitaciones de la acción social, es decir, colectiva, al asunto de la libertad y la compulsión de la existencia humana».⁴

El hecho de que se hiciera tanto hincapié en los determinantes estructurales del cambio histórico, unido a la disminución del papel del individuo, determinó que la biografía —uno de los elementos convencionales de la literatura histórica angloamericana— quedara mucho tiempo incapacitada para desempeñar un rol significativo en Alemania, al menos en todo lo relativo a la interpretación del pasado. No obstante, tras la caída del telón de acero, esta situación empezó a modificarse, tanto en Alemania como en otros países. El declive de la influencia intelectual del marxismo, corolario del desplome del bloque soviético, y la difusión de la nueva «historia de la cultura», que descartaba todo «metarrelato» o gran teoría como tramoya subyacente al cambio histórico, trajeron consigo una fragmentación de la narrativa, carente ahora de una pauta coherente o un significado discernible, circunstancia que renovó el interés en la voluntad, las acciones y el impacto de los individuos. Se ha señalado así que la tendencia a un «alejamiento general de lo abstracto y una clara propensión a lo concreto» dio lugar a un movimiento orientado a «apartarse de lo sistémico y lo estructural para acercarse al sujeto, a lo único y a lo individual».⁵

Al aproximarnos a los umbrales del siglo XXI, uno de los más importantes historiadores de Alemania, Hans-Peter Schwarz, publicó una «galería de retratos» del siglo XX, una obra extensa y elegantemente escrita que habría resultado impensable en la Alemania de la generación precedente. Valiéndose del «artificio del ensayo biográfico», Schwarz afirmaba que su libro venía a ser una suerte de «paseo por un museo de historia ... en el que se ofrece al espectador la posibilidad de contemplar los diferentes óleos de los más grandes personajes del siglo XX, obteniéndose así el rostro de ese período a través de una sucesión de semblantes». Schwarz reconocía que «el factor de la personalidad no era sino

uno de los muchos elementos intervinientes» en la descripción. «Con todo, ¿quién cuestionaría seriamente su importancia?», añade.⁶

Evidentemente, las imágenes que ilustran el liderazgo político distan mucho de ser estáticas. Es raro, incluso entre sus propios partidarios, que los actuales «líderes fuertes» exhiban la heroica aureola de esos «hombres providenciales» cuyas hazañas forjan el destino de las naciones, como les ocurría en cambio a los dirigentes políticos decimonónicos, favorecidos por aquella fe en los «grandes hombres» que brotaba del espíritu romántico de la época.⁷ La prestigiosa serie de seis conferencias que Thomas Carlyle pronunció en 1840 influyó notablemente en la difusión de esas creencias grandilocuentes. Esas charlas, reunidas en una obra titulada *Sobre los héroes. El culto al héroe y lo heroico en la historia*, contribuyeron a fijar la tesis histórica del «gran hombre» (las mujeres no figuran en el texto). A juicio de Carlyle, la historia «es en último término la Historia de los Grandes Hombres que la trabajaron ... Todo cuanto vemos realizado en el mundo es propiamente el resultado material externo, la realización práctica y la encarnación, de los Pensamientos que anidaron en las mentes de los Grandes Hombres enviados al mundo». De acuerdo con la valoración de Carlyle, los «Grandes Hombres» son personajes absolutamente positivos. Según su definición, un «Gran Hombre» era nada menos que «la vívida fuente de luz a la que es bueno y grato arrimarse ..., [un hontanar] de intuiciones originales, [un manantial] de nobleza heroica y viril».⁸

La mayor parte de los «héroes» de Carlyle emanan de la religión (tal es el caso de Mahoma y Lutero, por ejemplo) o de la literatura (como Dante y Shakespeare). No obstante, en su última conferencia, el autor pasó a ocuparse de la política y destacó a Cromwell y a Napoleón, dos figuras que habían restaurado el orden en un período marcado por el caos revolucionario. «En unas eras rebeldes, cuando la monarquía misma parecía muerta y abolida, Cromwell y Napoleón dieron un paso al frente y volvieron a afirmarse como soberanos», fue la fórmula que empleó.⁹ El «héroe» —o el «Gran Hombre»— había dado forma a la historia valiéndose de la pura fuerza de voluntad: tal es el mensaje que subyace al planteamiento de Carlyle. No es de extrañar que, un siglo después, Hitler revelara ser un devoto admirador de Carlyle —o que hoy se le lea tan poco.¹⁰

Jacob Burckhardt, el eminente historiador cultural suizo del siglo XIX, también dedicó un ensayo a las interrogantes de la «grandeza histórica». Su análisis estaba basado en las conferencias que había dado

en 1870, pero no se publicó sino en 1905, póstumamente. Pese a admitir que «la verdadera grandeza es un misterio», Burckhardt argumenta que «nos vemos irresistiblemente impulsados a considerar grandes a todos aquellos que en el pasado o el presente han realizado o realizan acciones que gobiernan nuestra existencia especial». ¹¹ «El gran hombre», afirma, «lleva en sí la marca de un ser único e irremplazable». ¹² La principal preocupación de Burckhardt guarda relación con la «grandeza» en los ámbitos de la cultura (especialmente en los artistas, poetas y filósofos) y de las más relevantes figuras religiosas (también él singulariza a Mahoma y a Lutero). En la esfera política, el autor trata de distinguir la «grandeza» del «simple poder», y no halla «grandeza» alguna en los personajes que califica de «meros destructores poderosos» («*die bloßen kräftigen Ruinierer*»). ¹³ Quienes causan ruina sin crear nada pierden todo derecho a reivindicar títulos de grandeza. Para Burckhardt, los «grandes hombres» son aquellos que se revelaron capaces de cambiar la historia y liberar a las sociedades de las «formas de vida muertas». ¹⁴ A sus ojos, el factor que determina la «grandeza» reside en algo más que en la ejecución de la voluntad individual y remite más bien al modo en que el individuo acierta a reflejar (según el punto de vista) la voluntad de Dios, la voluntad de una nación o la voluntad de una era. ¹⁵ Lo que sigue sin quedar claro es la forma de definir cualquiera de esas concreciones.

Tanto Carlyle como Burckhardt buscaron la «grandeza» en la personalidad. No obstante, sus intentos de definir esa «grandeza» se revelaron bastante brumosos. Sin embargo, tal vez exista de hecho la posibilidad de llegar a una definición objetiva del genio, que equivale a la grandeza, en el arte y la cultura. Quizá sea objetivamente sensato decir que Miguel Ángel, Mozart o Shakespeare fueron «grandes» artistas debido a que la valoración estética que hacen de su genio y sus cualidades artísticas los expertos muestra que se elevaron muy por encima de las obras de sus contemporáneos. Burckhardt sugería que la grandeza de los artistas, poetas y filósofos residía no solo en su capacidad para captar el espíritu de su época, sino también en su habilidad para transmitir un marco interpretativo impecadero llamado a ser entendido por las generaciones futuras. ¹⁶ En un plano más modesto, en el que sin embargo pueden medirse con precisión los logros, cabe hablar de grandes deportistas, masculinos y femeninos, si observamos que sus actuaciones superan con diferencia las de todos sus colegas. Sin embargo, por esta vía nos alejamos mucho de la «grandeza» política.

Lucy Riall, una experta en la moderna historia de Italia, ha reexaminado recientemente el concepto de grandeza histórica y ve en él un constructo político y cultural —enfoque que desarrolla en su biografía de Garibaldi—. ¹⁷ «Tanto para los italianos como para los no italianos», sugiere, «Garibaldi fue, y sigue siendo, el Gran Hombre por excelencia». ¹⁸ No obstante, la autora deja claro que se trata de un constructo, de una «invención» de la sociedad italiana —a la que contribuyó en gran medida el propio Garibaldi—. «Al cuestionar el concepto de grandeza», concluye Riall, «el biógrafo político puede descubrir el proceso de la adquisición, manipulación y uso de esta, lo que quizá le faculte a su vez para ofrecer alguna explicación de nuestra necesidad de héroes». ¹⁹ Pocos se atreverán a negar el valor de ahondar en las razones que determinan que, en ciertas épocas, las sociedades —o en cualquier caso algunas partes del conjunto que forman— se hayan mostrado dispuestas a ver signos de grandeza en sus dirigentes políticos (que no pueden sino felicitarse de observarla en sus personas). Además, resulta evidente en sí mismo que es de gran importancia comprender las vías por las que los regímenes políticos han conseguido manipular y explotar esos puntos de vista. Ahora bien, el estudio de las condiciones que crean y dan curso al florecimiento de los cultos al liderazgo deja todavía abierta la cuestión de si los líderes políticos concretos pueden ser tenidos efectivamente o no por individuos «grandes» —y tampoco especifica cuáles son los criterios que permiten concederles o negarles esa condición.

En el ámbito de la política, todo intento de definir de manera objetiva la «grandeza» me parece en último término un ejercicio inútil. ¿Cuáles son los criterios que se emplean? Burckhardt estaba dispuesto a otorgar a Gengis Kan el título de «grande» por haber conseguido que sus seguidores pasaran de la existencia nómada al estatuto de «conquistadores del mundo». Sin embargo, negaba ese honor a Timur (Tamerlán), el hombre que se erigió a sí mismo en heredero de Gengis Kan. Si lo hace es porque lo considera un «destructor poderoso» que dejó a los mongoles en una situación peor que la que tenían al iniciar él su caudillaje. ¿Cabe ver en esta distinción algo diferente a un juicio subjetivo? Ambos dirigentes suscitaron un lógico temor al arrasarse y conquistar sus ejércitos vastas porciones territoriales, dejando tras de sí una estela de incontables víctimas. Desde el punto de vista moral, uno y otro fueron repugnantes ejemplos de una crueldad sin límites. La valoración moral no desempeña papel alguno en el modo en que Burckhardt valora la «grandeza» en

estos casos. El criterio que sigue parece basarse en la efectividad de sus conquistas (efectividad medida desde la perspectiva de los conquistadores, no la de los conquistados). La «grandeza» parece estar meramente en los ojos de unos espectadores bastante concretos. Y en todo caso, ¿podemos afirmar que el hecho de juzgar «grande» a Gengis Kan, o de negar, por el contrario, que Tamerlán lo fuera, nos ayuda a comprender mejor cómo adquirieron y ejercieron ambos cabecillas el poder?

Quizá sea posible excluir la moral de la ecuación cuando se ponderan las cualidades y defectos de lejanas épocas pasadas. La moralidad es un juicio de valor que se difumina con el tiempo, y que termina por desaparecer por completo. Tal vez no debiera ser así, pero esa es la realidad. Poca gente presta excesiva atención a la magnitud de una matanza si lo que le toca juzgar son los logros de un conquistador de hace muchos siglos. Ahora bien, ¿cabe decir otro tanto si lo que valoramos son hechos del período moderno? El poder político actual exige invariablemente que quienes lo ostentan hagan elecciones morales y tomen posiciones ideológicas. Y esas decisiones pueden enajenar o suscitar la admiración social. ¿De qué grado ha de ser el oprobio para que haya obstáculo al reconocimiento de la «grandeza»? Cabría argumentar que Hitler es el más denigrado de todos los dirigentes políticos de la historia moderna. Pocas personas emplearían hoy la palabra «grande» para calificar al principal responsable de una guerra mundial, del Holocausto y de la destrucción de su propio país. Sin embargo, se ha sugerido que podría reflexionarse sobre su figura en términos de «grandeza negativa».²⁰ Desde este punto de vista, el reconocimiento de su inmenso impacto (catastrófico) y su indudable significación histórica se impone al sentimiento de repulsión moral. Dejando a un lado todo aquello que pueda verse como una apología implícita, aunque involuntaria, este planteamiento vuelve a señalar que la noción de «grandeza» histórica es un lugar vacío. Aun suponiendo que pudiera definirse adecuadamente, el concepto de «grandeza» representa la más extrema reducción del cambio histórico a las acciones de los individuos. Equivale a una personalización de la historia, y el alcance explicativo de ese enfoque es muy limitado —a menos que se presente inserto en un marco causal más hondo y complejo.

Pero la definición de la «grandeza» política aún ha de hacer frente a otra objeción. No se trata solo de un concepto vago, también está expuesto a un cruce de valores. En el mundo occidental moderno, sería difícil encontrar a un solo líder político que se haya hecho más veces

acreedor al título de «grande» que *sir* Winston Churchill.²¹ Se ha considerado, y con razón, que el liderazgo que ejerció durante la segunda guerra mundial contribuyó de manera crucial a la victoria de los Aliados y al triunfo de la libertad sobre la tiranía en el mundo occidental. Sin embargo, las reivindicaciones de su «grandeza» han tenido que hacer frente al hecho de que sus puntos de vista sobre la raza y el imperio colonial hayan terminado juzgándose detestables —hasta el punto de tener que proteger su estatua de Westminster de la ira de los manifestantes del Black Lives Matter, que veían en Churchill a un imperialista racista—. La circunstancia de que diera por supuesta la superioridad de los blancos sobre la población indígena de las colonias británicas era una de las características de las élites gobernantes de la época (y de muchas otras personas, además). Churchill hizo un gran número de observaciones que hoy nos parecen aberrantes, pero que eran totalmente habituales en su tiempo. (No obstante, las acusaciones que lo hacen responsable de la terrible hambruna padecida en Bengala entre 1943 y 1944 están fuera de lugar. Todavía hoy sigue discutiéndose acaloradamente si realmente pudo haber hecho algo más para aliviar el espantoso sufrimiento de la gente, pero está claro que las prioridades del transporte militar en pleno conflicto bélico impusieron serias limitaciones a sus posibilidades.)²² Para los habitantes de años posteriores, la actitud que mostró ante la cuestión de la raza resulta repugnante, y lo mismo cabe decir del hecho de que aprobara la eugenesia. (Con todo, fue también, a diferencia de muchos de sus contemporáneos, un acérrimo y constante defensor de los judíos, apoyó la Declaración Balfour, que concedió un territorio nacional a la población judía, y jamás dio muestra del menor antisemitismo.) Ninguna de estas circunstancias resta méritos a los asombrosos logros de Churchill. Lo que sí hacen, sin embargo, es plantear unos juicios de valor que obligan al difícil equilibrio de contrastarlos y ponerlos en una balanza, inevitablemente subjetiva, si queremos alcanzar un veredicto sobre su «grandeza».

A mi juicio, lo mejor es ir más allá de la simple búsqueda de la «grandeza» en los dirigentes políticos. La cuestión no consiste en determinar si puede decirse o no que un líder en particular fue «grande» o no en función de una nebulosa definición de esa misma idea. Lo que debemos hacer, por el contrario, es centrar específicamente el foco de la indagación en el impacto y el legado histórico del dirigente en cuestión. Al proceder de ese modo, desaparece el juicio moral —esto es, la valoración

de si un «gran» líder ha de ser o no una fuerza del bien, o de si existe la posibilidad de una «grandeza negativa»—, pese a que el propio uso del lenguaje por parte del historiador tenga inevitablemente resonancias morales. Como es obvio, esto sigue dejando abierta la cuestión del papel del individuo en la historia.

La razón de que algunos individuos en particular consigan descollar, se eleven a posiciones preeminentes, alcancen el poder y se revelen capaces de ejercerlo hasta el punto de producir transformaciones políticas guarda claramente una estrecha relación con ciertos rasgos muy concretos de la personalidad, pero también con la percepción de los puntos fuertes del carácter y con la habilidad de la persona en sí. Es ya un lugar común afirmar que tales individuos son «carismáticos». En sí mismo, todo lo que vehicula el uso de este término es la idea de que un individuo posee encanto o atractivo, y de que esa cualidad se expresa además de un modo indefinido. Ahora bien, lo que a los ojos de unos resulta fascinante o cautivador, se presenta a los de otros con perfiles nauseabundos. ¿Y cómo es que los rasgos de personalidad de un individuo particular presentan unas veces un aspecto nada atrayente desde el punto de vista político y resultan notablemente interesantes otras? Esto apunta, evidentemente, al contexto o las condiciones específicas que determinan que se considere «carismático» a un individuo, lo que muy a menudo contribuye significativamente a la eficacia política de esa persona.

El sociólogo alemán Max Weber (1864–1920) desarrolló la noción de «carisma» de un modo que resulta muy útil para vincular el papel de un individuo con el marco social y político en el que la personalidad de ese mismo individuo revela operar con la máxima eficacia. Weber no empleaba la palabra «carisma» para indicar que un individuo poseyera necesariamente unas cualidades extraordinarias ni para afirmar que la suma de esos atributos o peculiaridades equivaliera objetivamente al «carisma» —pese a que haya dirigentes políticos, evidentemente, que sí exhiben ciertos talentos específicos (para hablar en público, por ejemplo) o que muestran unas características personales potencialmente gratas o seductoras—. Lo que hacía Weber era más bien subrayar el modo en que el «cortejo» de creyentes (es decir, el conjunto de la «comunidad carismática») percibe las sobresalientes cualidades de aquel a quien proclaman líder. En este sentido los «seguidores» crean el «carisma» que luego observan en «el elegido» —y por eso ven en ese individuo pruebas de heroísmo o grandeza personal y escuchan los ecos de una «llamada»

(o de un mensaje ideológico) que les resulta sugerente—. ²³ En las condiciones políticas que reinan en el mundo moderno, el «carisma» puede forjarse deliberadamente —y así ocurre invariablemente: que es fabricado y nutrido por los medios de comunicación y los partidos de masas que se hallan bajo el control del gobierno, de modo que lo que solemos considerar «carisma» es en gran medida un producto creado artificialmente por la promoción mercadotécnica de un individuo a través de los constructos de un determinado movimiento político, un perfil mediático o la pura propaganda—. Los dictadores dedican mucho tiempo y energía a dar vida a un culto a la personalidad que les permite consolidar y mantener, junto con un fuerte aparato represivo, las riendas del poder. ²⁴ En los regímenes dictatoriales, la adulación generalizada al Líder se genera de forma artificial; no es un reflejo de las auténticas cualidades personales de ese dirigente.

Como es obvio, las figuras «carismáticas» no solo obtienen esa aura especial que los envuelve, también pueden perderla, habitualmente como consecuencia de un fracaso —a veces catastrófico— y de su incapacidad para estar a la altura de las expectativas creadas. Hay obvias excepciones a la máxima del político de la derecha conservadora británica Enoch Powell, que sostiene que «todas las carreras políticas acaban en un descalabro». Sin embargo, la magnitud del naufragio de los líderes políticos a los que un día se creyó sobresalientes y acabaron más tarde descartados es, de nuevo, una consecuencia del efímero papel de los individuos y del conjunto de fuerzas que escapan a su control, ya que son ellas, a fin de cuentas, las que determinan el alcance de sus acciones y la dimensión real del cambio histórico. Por consiguiente, toda valoración del rol de la persona en la «forja de la historia» ha de entregarse, como primera medida, al examen, no ya de la personalidad, sino también de las condiciones que moldean la contribución de ese individuo.

El enfoque que presenta Karl Marx en las líneas que abren su breve tratado, escrito en los primeros meses de 1852 —*El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*—, no solo es potencialmente fructífero, sino también la antítesis de la teoría del «gran hombre». Hay una célebre máxima de Marx que dice: «Los hombres hacen su propia historia, pero no a su libre albedrío, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino en aquellas que les tocan directamente en suerte y les han sido dadas en herencia». ²⁵ No es preciso ser marxista (yo no lo he sido nunca) para ver las implicaciones que esta afirmación tiene para la comprensión del cambio históri-

co. Lejos de considerar la posibilidad de una «grandeza» histórica, Marx trataba de explicar cómo era posible que una nulidad de persona, un bufón incluso (pues esa era la consideración que le merecía Luis Bonaparte, o Napoleón III), pudiera llegar a hacerse con los poderes de un dictador tal y como había hecho el sobrino del emperador al dar el golpe de estado de diciembre de 1851. Encontró la respuesta en la incapacidad de todas las clases sociales francesas de la época para imponerse a sus conciudadanos —una situación tan insólita como inevitablemente transitoria, a su juicio—. Los obreros habían salido derrotados de la revolución de 1848, pero la burguesía no solo estaba dividida, sino que adolecía de una notable debilidad política. Esa doble flaqueza, del proletariado y los burgueses, permitió que Luis Bonaparte, al que Marx califica con el ultrajante título de «payaso serio», pues había surgido de «veinte años de vagabundaje y ... grotescas aventuras»,²⁶ se apoderara de la autoridad ejecutiva del estado, sobornando, halagando y manipulando de distintas maneras al lumpemproletariado y a los pequeños propietarios rurales a fin de que prestaran apoyo popular a su dictadura.

El equilibrio de las distintas fuerzas sociales y políticas que habían levantado el marco estructural propiciador de su acceso al poder determinó posteriormente que dispusiera de un importante margen de maniobra para el ejercicio personal del poder, ya que Luis Napoleón quedó en una posición de «relativa autonomía» respecto de las fuerzas de clase y pudo actuar durante un tiempo al margen de sus restricciones. No es necesario dar por buena esta interpretación del equilibrio de clases. Sin embargo, el solo hecho de subrayar la relevancia de las condiciones estructurales previas arroja luz sobre la potencial capacidad de los líderes para explotar las crisis y las turbulencias de unas circunstancias excepcionales y hacerse con un campo extraordinariamente amplio para el ejercicio del poder personal —frecuentemente tiránico—. En términos más generales, este planteamiento viene a corregir la convencional exageración del irrestricto papel del individuo en la materialización del cambio histórico. Al empezar el examen por el extremo «que no es», valga la expresión, y destacar la relevancia del contexto y las condiciones históricas en lugar de la personalidad del individuo y sus logros personales, esta perspectiva promueve un tipo de análisis que no niega el rol del individuo, pero se fija en primera instancia en el marco en el que dicho papel se vuelve posible. Esta fue la base sobre la que construyó el científico político Archie Brown su estimulante y perspicaz estudio del lide-

razgo político moderno, ya que su punto de partida brota de la idea de que, «en todas partes, los dirigentes actúan en el marco de unas culturas políticas condicionadas por la historia», tras lo que señala que «son muchas las limitaciones que gravitan sobre el líder», especialmente en las democracias, pese a que se haya vuelto más que habitual centrar excesivamente la atención en la persona que ocupa el peldaño más alto de la escala política.²⁷

Como es obvio, todo el mundo tiene su propia personalidad, entendida como un reflejo de los rasgos de carácter que, siendo inherentes a cada individuo, son moldeados no obstante desde la infancia y reciben la influencia de la crianza, la educación, las oportunidades de la vida y el entorno social. Ahora bien, no todas las personalidades cuentan con características orientadas al liderazgo, ya sea en el ámbito de la política, los negocios u otros empeños. Los estudios psicológicos centrados en los tipos de personalidad y las aptitudes para el liderazgo que tanto se estilan en los círculos empresariales tienen quizá un valor muy reducido cuando se trata del liderazgo político. La fiabilidad, un claro sentido de la responsabilidad, una mente abierta, la estabilidad emocional, un carácter sociable, la laboriosidad, el temperamento agradable, la serenidad en situaciones de presión y la disposición a colaborar son sin duda condiciones en principio deseables en un líder de empresa.²⁸ Sin embargo, no es difícil encontrar líderes políticos que no encajan en estos parámetros y que, pese a negarse a considerar incluso que resulten deseables, han sido (y lo siguen siendo en ocasiones en nuestro propio mundo contemporáneo) notablemente eficaces —al menos durante un tiempo.

Las condiciones en que un particular tipo de personalidad puede operar eficientemente en el ejercicio del liderazgo político son tan variables que se hace difícil generalizar. Lo que funciona en una democracia consolidada podría revelarse totalmente inservible en medio de las turbulencias políticas de una crisis de gran envergadura. Es perfectamente posible que un dictador exhiba unos rasgos de personalidad que, resultando repulsivos para la mayor parte de los ciudadanos de una sociedad próspera y plural, susciten no obstante grandes aclamaciones en aquellos graves trances que, ya de por sí, acostumbran a elevar al poder a los autócratas. Es imposible entender a Hitler, por ejemplo, sin penetrar profundamente en el desgarrador e insoportable impacto que tuvieron la primera guerra mundial y la Gran Depresión en la sociedad alemana. La «eficacia» de un líder puede ser efímera y conducir en último término al

desastre, pero durante un tiempo puede al menos existir —y con inmensas consecuencias—. Las condiciones del contexto histórico determinan en muy amplia medida el impacto de un particular tipo de personalidad.

Dichas características moldean también las probabilidades de que ejerzan esta o aquella modalidad de poder. Si nos atenemos al marco conceptual que define Michael Mann, existirían cuatro fuentes de poder, todas ellas interrelacionadas: la ideológica, la económica, la militar y la política.²⁹ Las circunstancias son las que dictan la vertiente de poder que más posibilidades tiene de predominar en un momento dado. Los factores que tienden a catapultar a un tipo concreto de personalidad a posiciones de preeminencia, a brindarle apoyo popular y a ofrecerle el respaldo de las instituciones son una función de las circunstancias y de la específica constelación de poder que rija en ese instante el firmamento histórico. Las cualidades de liderazgo que exige históricamente, por ejemplo, una situación marcada por la presencia de una ideología institucionalizada y no cuestionada son completamente diferentes a las que demanda un estado de cosas en el que prevalezca la inestabilidad, la crisis política o la guerra.

Allí donde hay paz, progresa y se redistribuye la prosperidad, y se aceptan de manera generalizada, como fundamento de una sociedad estable y civilizada, los valores centrales de los derechos humanos, las libertades liberales, la democracia pluralista, la primacía de la ley, la división de poderes y una economía capitalista relativamente protegida de las crisis, es probable que los líderes hagan suyas, en la mayor parte de los casos, las restricciones que les imponen las instituciones y no traten de dar un vuelco al sistema político mismo. Esas son las condiciones que vinieron a prevalecer de manera general tras la segunda guerra mundial, manteniéndose hasta época muy reciente, tanto en la Europa Occidental como en Estados Unidos. Sin embargo, dado que el surgimiento de nuevas tensiones geopolíticas y crisis económicas ha puesto de manifiesto los endebles cimientos del incremento de la globalización, hemos asistido al florecimiento de un estilo de liderazgo populista muy distinto, que está encontrando un terreno abonado en el que crecer, según vemos por los ejemplos particulares de Donald Trump en Estados Unidos, y Boris Johnson en Gran Bretaña, aunque este último se exprese en una clave mucho más atemperada.

En los sistemas políticos que se ven sujetos a profundos movimientos de contestación y se hallan abrumados por las crisis, como los que

existieron en muchas regiones de Europa en el período de entreguerras, es más probable que obtenga la aclamación de la gente, y con ello el poder, un tipo de personalidad muy distinto —tan dispuesto a abogar en favor de un cambio radical mediante el amplio uso de la violencia como deseoso de llevarlo a la práctica—. En el propio transcurso de las dos guerras mundiales, los objetivos militares y su preeminencia actuaron como obvios determinantes de primer orden. Durante un breve período de tiempo —que no obstante provocó una destrucción inmensa—, el poder militar eclipsó todo lo demás. En tales condiciones, ni siquiera los grandes dictadores, como Hitler, Mussolini y Stalin, pudieron evitar la subordinación a las exigencias y limitaciones del imperativo bélico. Era inevitable que los jefes militares, cuyas cualidades difieren de las que buscamos en los líderes políticos, aplicaran a la práctica grandes dosis de poder, pese a que su autonomía respecto del poder político fuese únicamente relativa.

Siguiendo a Max Weber, podríamos considerar que el poder individual es la capacidad que tiene un líder de llevar a efecto los planes que su voluntad le induce a concebir pese a las resistencias que se le oponen.³⁰ En las democracias liberales y pluralistas esa voluntad acostumbra a expresarse como la decisión consensuada de un Gabinete u otro aparato gubernamental, mientras que el poder se reparte por todo el cuerpo social a través de una red de instituciones y organizaciones. Por regla general, la oposición se manifiesta en el contexto de un parlamento o asamblea, canalizada por los medios de comunicación de masas —en ocasiones también al calor de las protestas populares—, y en el interior de las estructuras de gobierno mismas. No obstante, esa oposición, pese a que pueda revelarse estridente, e incluso exaltada, se verifica en el seno de un sistema basado en el consenso, con lo que el líder de un gobierno, sea hombre o mujer, sigue pudiendo materializar su voluntad en la mayor parte de los casos, valiéndose de un marco institucional que recorre la sociedad. Por decirlo en los términos de Michael Mann, el poder puede definirse por tanto como algo «infraestructural». Se trata de un poder que se expresa *a través* de los estados.

La manifestación opuesta del poder, la que se despliega en las dictaduras, es lo que Mann denomina «poder despótico», o poder *sobre* los estados. En estos casos hay un liderazgo autoritario que ejerce directamente el poder y exige y espera una completa obediencia a las órdenes que vienen de lo alto (respaldadas por unos niveles de coerción muy ele-

vados).³¹ Se reprime a la oposición, se manipula intensamente a la opinión, y la voluntad del líder adquiere un carácter más evidente y una importancia crucial y directa en el ejercicio efectivo de ese poder. Sin embargo, ni siquiera en estas situaciones puede decirse que el poder despótico sea totalmente independiente del poder infraestructural. Un líder necesita el sólido respaldo institucional que le proporcionan el ejército, la seguridad del estado, la policía, el aparato judicial y la variada panoplia de organizaciones de partido. Aun en los momentos en que el poder personal del líder mengua, como le sucedió por ejemplo a Hitler en los últimos meses de la guerra, esos mecanismos de apoyo pueden permitir que la dictadura siga mostrándose extremadamente fuerte. La cuestión del poder y la personalidad va por tanto más allá de los límites que imponen el marco biográfico, la predisposición psicológica y los atributos personales de un líder y se afianza también en las condiciones que rodean el propio ejercicio del liderazgo.

En lo que sigue contemplo la historia de la Europa del siglo xx a través del prisma de algunas de las más destacadas figuras políticas de dicho período —para bien o para mal (aunque lamentablemente muchas veces sea esto último lo que prepondera)—. Todas ellas ocuparon bien la jefatura de un estado, bien la presidencia de un gobierno. Circunscribo la valoración de estos casos prácticos a una selección de líderes políticos europeos cuyas acciones no solo tuvieron un impacto tremendamente significativo, sino que además rebasaron los estrictos límites de su propio país —cosa que es de suma importancia para el presente análisis—. El peso y las circunstancias de otros dirigentes son fáciles de imaginar. He decidido, tras muchas cavilaciones, pasar por alto a algunos líderes europeos —Willy Brandt y François Mitterrand, por ejemplo—, a los que podría juzgarse perfectamente dignos de ser incluidos en el estudio. Podría decirse que pertenecían a otra casta de líderes políticos, fundamentalmente la de los socialdemócratas o liberales de diversa convicción, y que contribuyeron de manera relevante, sobre todo en la segunda mitad del siglo pasado, al avance de la justicia social y los derechos humanos. Sin embargo, el hecho de que me haya propuesto hacer hincapié aquí en las situaciones de crisis, en el tipo de líder que estas generan y en el papel de los individuos en las más cruciales coyunturas de cambio, desvía de manera inevitable —y tal vez errónea— el foco de este tipo de

liderazgos. Por otra parte, apenas hay base para dejar fuera de este examen a los líderes que *sí* he incluido. Su relevancia parece obvia.

Evidentemente, el abanico de los líderes tenidos aquí en cuenta podría ampliarse sin dificultad a fin de incorporar a algunos dirigentes no europeos —de entre los que destacan personalidades como las de Woodrow Wilson o Bill Clinton, sin olvidar a otras figuras mundiales como Mao Tse-tung o el ayatolá Jomeini— cuyas acciones contribuyeron de manera significativa, aunque indirecta, a configurar la Europa del siglo xx. Franklin Delano Roosevelt, una personalidad interesante, además de un presidente estadounidense de innegable peso, es quien más me ha hecho reflexionar sobre la eventual pertinencia de su inclusión en el presente libro. El papel que desempeñó en la historia —y no solo en la de Estados Unidos, sino también en la de Europa— a lo largo de la segunda guerra mundial no precisa de mayores encomios. Ahora bien, la consideración aquí de un solo dirigente no europeo suscitara inevitablemente una objeción clara: ¿por qué detenerse ahí? Sin embargo, eso implicaría ampliar la investigación a unos terrenos políticos, y a unos roles individuales desplegados en ellos, que rebasan con mucho el continente europeo. Resultaría imposible evitar en esos casos la ponderación de las políticas internas de otros países, ya que habrían cooperado con el modelado de los perfiles específicos del líder analizado, pese a que dichos regímenes no hubieran influido sino de forma tangencial, en el mejor de los casos, en el desarrollo de los acontecimientos europeos. Con ello solo conseguiría romper las costuras de cuanto es materialmente posible en el presente ensayo.

Tampoco me ocupo de aquellos individuos, por relevante que fuera su influencia, que habiendo protagonizado acciones significativas en el ámbito político —ya fuese en la oposición o en los movimientos de protesta o resistencia— no lograran elevarse a la categoría de líderes estatales. Por esas mismas razones he excluido a personas como Jean Monnet o Robert Schuman, dado que ninguno de los dos se puso al frente de un gobierno o una nación. Y por justo que sea reconocer que fueron los artífices de lo que finalmente se convertiría en la Unión Europea, y que esta fue sin duda uno de los acontecimientos más relevantes del siglo xx, no debemos olvidar que se trató de un proyecto surgido, en términos generales, de un esfuerzo colectivo, no de la creatividad individual. De hecho, si miramos más allá de los límites de la política, resulta obviamente muy sencillo pensar en figuras descolantes que hayan realizado

contribuciones indispensables a las artes, las ciencias, la medicina, los negocios, la economía y otras muchas esferas. Sin embargo, este libro no guarda relación con esa clase de personajes.

Pese a todo, si los consideramos en conjunto, es innegable que los doce dirigentes europeos a los que aquí pasamos revista influyeron de manera muy notable en el desarrollo de la historia de la Europa del siglo xx. La mayor parte de ellos intervinieron en un período de apuro de su país. Lenin surgió de la crisis de la autocracia zarista, agravada por el estallido de la primera guerra mundial. Las dificultades derivadas de la devastadora guerra civil posterior a la revolución bolchevique y del vacío de poder subsiguiente al fallecimiento de Lenin sentaron las bases para que Stalin se hiciera con el poder. Mussolini salió beneficiado de la crisis política posbélica de Italia. Transcurrida incluso bastante más de una década del fin de la primera guerra mundial, el persistente trauma que supuso echó los cimientos del ascenso de Hitler al poder, en un contexto marcado por la generalizada crisis estatal y social que dio lugar a la demolición de la democracia alemana durante la Gran Depresión de los primeros años treinta del siglo pasado. Franco se hizo con el poder al salir victorioso de la brutal guerra civil en que se vio sumido un país en abrumadora situación de crisis. Churchill fue nombrado primer ministro de Gran Bretaña en medio de la crisis política generada por el hecho de que el ejército alemán estuviera avanzando arrolladoramente en gran parte de la Europa Occidental. El poder político de De Gaulle fue el resultado de dos crisis independientes, la de la derrota e inmediata ocupación de Francia y la posterior convulsión de la guerra de Argelia. Tito consolidó su acceso al poder gracias al liderazgo ejercido durante la poliédrica crisis de una Yugoslavia ocupada y desgarrada por la guerra. Gorbachov salió elegido secretario general del Partido Comunista Soviético en un momento en el que la URSS se estaba viendo obligada a lidiar con la profunda crisis derivada de su debilitada economía y su tambaleante sistema político.

En las democracias de posguerra, las crisis también produjeron dirigentes de fuste extraordinario. El liderazgo de Konrad Adenauer se enmarca en buena medida en la doble situación crítica de la Alemania posterior al año 1945, arrasada y ocupada por los vencedores, y las agudas tensiones y peligros de la guerra fría. El liderazgo de Margaret Thatcher se forjó como consecuencia de la crisis económica, y en cierto sentido también cultural, que paralizó la Gran Bretaña de la década de 1970.

El duodécimo caso práctico examinado en esta selección mía es el único que no puede tenerse por una derivación directa de una u otra forma de crisis nacional. Helmut Kohl accedió a su alto puesto en la Alemania Occidental impulsado por las dificultades económicas inmediatamente posteriores a la crisis del petróleo de 1979 —la segunda de estas conmociones energéticas, ya que se había visto precedida por la de 1973—. La diferencia con otros estados de cosas problemáticos radica en el hecho de que en ese momento Alemania vivía en un contexto general de estabilidad y prosperidad políticas. Aunque cabría argumentar que no se distinguió tanto en el cargo de canciller de la Alemania Occidental como sus dos predecesores inmediatos —Helmut Schmidt y Willy Brandt—, Kohl llevaba ya siete años ocupando ese puesto cuando tuvo que enfrentarse a lo que pudiera considerarse una crisis «benigna», ya que supuso el fin de la guerra fría y la oportunidad, al fin factible, de la unificación de Alemania. No obstante, en ese contexto, Kohl también supo convertirse en una figura significativa de la Europa del siglo xx. Este es el reparto del drama en doce actos que me propongo desgarnar a continuación.

Con los ejemplos elegidos me he propuesto someter a prueba unas cuantas proposiciones generales:

- El alcance del impacto histórico de un individuo adquiere mayores dimensiones en el transcurso de una terrible conmoción política (o inmediatamente después de ella) en la que las estructuras existentes se desmoronan o caen como consecuencia de una destrucción violenta.
- La búsqueda decidida de objetos fácilmente definibles y la inflexibilidad ideológica, sumadas a una adecuada agudeza táctica, permiten que un individuo en particular destaque de la masa y obtenga un gran número de seguidores.
- El ejercicio y la magnitud del poder personal se hallan seriamente condicionados por las circunstancias reinantes durante la conquista del poder y las primeras fases de su consolidación.
- La concentración del poder mejora las perspectivas del impacto potencial del individuo, aunque muchas veces con consecuencias negativas, a veces incluso catastróficas.³²
- La guerra somete a los individuos, e incluso a los líderes políticos más poderosos, a las abrumadoras restricciones del poderío militar.

-
- El poder y el margen de maniobra de la persona que ejerce individualmente el liderazgo dependen en buena medida de la base institucional y la fuerza relativa de los apoyos con que cuenta, principalmente en los circuitos secundarios del poder, pero también entre el público en general.
 - La gobernación democrática es el sistema que mayores limitaciones impone a la libertad de acción del individuo, y por tanto la que más restringe su radio de influencia en la determinación del cambio histórico.

No existe ninguna fórmula matemática que pueda asignar un peso relativo a los factores personales e impersonales a fin de objetivar la valoración del cambio histórico. Sin embargo, la posibilidad de centrarse en circunstancias específicas —como las de las decisiones formativas o trascendentales, por ejemplo—, sobre todo en aquellos casos en que la intervención personal haya tenido un impacto significativo, puede contribuir al establecimiento de conclusiones de mayor calado.

Este libro aborda el estudio del liderazgo histórico en el siglo xx, es decir, no se ocupa de los dirigentes actuales que operan en el primer cuarto del siglo xxi. Sin embargo, las interrogantes que plantea respecto de las condiciones que influyen en los tipos de individuos que acceden al poder, en las estructuras de gobierno que dan forma al ejercicio de ese poder y en las circunstancias en que la personalidad individual termina por desempeñar un papel decisivo en el cambio histórico son tan relevantes para la comprensión de nuestra propia época como lo fueron en su momento para entender el curso de la historia que vivieron las generaciones anteriores.³³





Lenin, tras superar una larga enfermedad, preside una reunión bastante concurrida del Sovnarkom (Consejo de comisarios del Pueblo), el 3 de octubre de 1922. Detrás de Lenin están Alekséi Rýkov (*izquierda*) y Lev Kámenev, ambos ejecutados posteriormente en las purgas de Stalin. Acaso fuera su última reunión en el Sovnarkom, pues a partir de diciembre de 1922 volvió a enfermar de gravedad.